

El Padre Jorge E. Pire, O. P.

Premio NOBEL de la PAZ
1958

Silencio.—No es con frecuencia la publicidad medida del mérito. Mediocridades ocupan con estrépito el escenario, mientras a verdaderos valores apenas si se les permite un cruzar vertiginoso; si no es que se les sepulta en silencio en el cementerio.

Pasmado quedó el mundo cuando el silencio se rompió con el P. Pire. Pocos sabían de su existencia; menos de su obra. Y precisamente la magnitud de ella es la que habló en su favor y la que inclinó el juicio de hombres sensatos a otorgarle el Premio Nobel de la Paz en 1958.

Un héroe.—Poco sabemos de su vida. Hace medio siglo Jorge Enrique Pire nacía en Dinant de familia tan modesta como profundamente cristiana. Su tranquila infancia, con seis hermanos, apenas le deja pensar en el porvenir. Le basta el presente. Escuela y juegos; hogar e iglesia absorben su vida.

Un día siente que la vocación religiosa ha prendido en su alma y tras madura reflexión viste el hábito blanco de los dominicos. El joven sigue la trayectoria de los estudios eclesiásticos y ordenado de sacerdote los complementa con otros de Sociología en Lovaina y Roma. Diez años consagrado al profesorado dan a sus ideas amplitud y profundidad. Profundidad que no solo se adentra en las capas de su inteligencia y de la verdad, sino que impregna los más íntimos estratos de su corazón y afectividad. Vibra su alma frente al dolor y la miseria. Actúa siempre en él un íntimo sentido de justicia social.

No se rinde a la invasión enemiga y en la resistencia su valor e iniciativas le conquistan varias condecoraciones. Con todo para él hay otras guerras y peores enemigos: la miseria, el hambre, la injusticia ¡A la carga contra ellos! Y en la pequeña población de Huy funda la ayuda mutua para las familias y los niños pobres. Nada grande se improvisa y éstas no fueron sino las primeras etapas de su obra maestra: LA AYUDA A PERSONAS DESPLAZADAS.

Un buen carácter.—Ante todo sincero. Nunca oculta su hábito y menos lo que tras él se encierra. Es un religioso y, como tal, consagrado a Dios. Para él guarda lo mejor y las primicias; su oración, su misa, sus plegarias. Lo contrario sabemos que sería caer en un activismo de efímeros triunfos y seguras derrotas.

Ha sentido hondamente la caridad; la ha vivido. Para él no ha quedado enredada en las frías disquisiciones intelectuales, sino se ha hecho carne y sangre en el prójimo que sufre, que llora, que hambrea. Su programa espléndido de realizaciones concretas nace de las obras de misericordia espirituales y temporales.

Y lo hace en buena forma, como la fuente que brinda sus aguas al sediento en la música de su murmullo. Siempre una sonrisa precede la acogida; le acompaña casi siempre durante la entrevista y es la firma invariable de la despedida. Actitud difícil sobre todo cuando se vive entre el dolor, la angustia y casi la desesperación. Misericordia espiritual y corporal se esfuerzan por ensombrecer la vida. Ahí, en esa noche, es la sonrisa del P. Pire, mensaje de esperanza.

Lleno de verdad y bondad tiene la mirada franca de un niño que a todos se acerca con tranquilo ademán. Le atraen los incrédulos. Ante ellos se presenta, no con aires de conquista, ni con verdades de lógica invencible, sino con diálogo de hermano y ofrecimiento de sincera amistad. Poco importa el tema; lo interesante es lo que se irradia; y la bondad, penetrando en el corazón, prepara el camino a la verdad. Nada se impone: sólo se propone. Ni siquiera con palabras sino con la vida. Táctica larga pero eficaz: sólo con la paciencia por compañera se recorre este camino. Tiene razón Weyergans al afirmar: "Uno no se hace caritativo en un día". Es necesario un largo aprendizaje que consiste en aceptar a los hombres tal como son, ver en ellos, en el centro mismo de sus defectos, la chispa fugitiva, la perla ignorada, la piedra sin pulir. El P. Pire ha aprendido profundamente a ver las personas como son, aceptarlas como son, amarlas como son.

En la tarea asombrosa que lleva a cabo ha contado con algunas cualidades heredadas. Es un amante del orden. Esto explica en parte su eficiencia. Torrentes de correspondencia, volúmenes de informes, citas, visitas, conferencias... todo queda encuadrado en sus ficheros y notas y a cualquiera pregunta se presenta rápido el documento requerido, como por milagro y a cualquiera cita acude en el momento preciso.

Y efecto de esa practicidad puede considerarse la importancia que da a las cosas pequeñas. Cree mucho en la colaboración de los pobres, porque en la escuela del sacrificio han aprendido a ser perseverantes, y porque está persuadido de que la unión constante de muchos esfuerzos es la palanca de Arquímedes. Al fin y al cabo con gotas de rocío se forman los grandes ríos.

En la tónica de la vida ordinaria no ve sino cosas pequeñas. Sólo el fiel a ellas se preparara para el momento de las empresas grandes. El amor vive en lo concreto, y, lo concreto se reduce casi siempre a menudencias. Poco vale una carta afectuosa; pero para un triste representa más que un bello discurso o una obra profunda sobre el consuelo.

Las personas desplazadas.— Pueden llamarse los personajes de una tragedia, la política desplazada, el cambio de fronteras... los arrancó de cuajo y sin patria y sin hogar, ruedan por el mundo. Si un día los embistió el odio, ahora los envuelve la indiferencia. No hubo al herirlos compasión ni ahora al encontrarlos, consideración.

Familias numerosas, heridos, enfermos, madres solteras, incapaces, huyen de una a otra nación. Todo lo que daba consistencia a su vida, sin posibilidades de luchar, con el hambre que les corroe como un cáncer y el frío que les muerde como un lobo. Hasta el consuelo de una misma lengua y la emoción de la misma patria desaparecía entre ellos, en una Babel de rusos, ucranianos, polacos, rumanos, húngaros, checos, eslovacos... Todos iban desembocando en la desesperación o una estúpida apatía sin reacciones. Así al fin de la guerra (1945) más de ocho millones se habían esparcido por Europa. La UNRRA trabajó sin descanso; pero el problema se presentaba insoluble. Meses pasaron antes que las comisiones comenzaran a trabajar. Pensóse primero en la repatriación persuadiéndoles que volvieran a sus tierras. Lo hicieron algunos, pero la mayoría se negó rotundamente. Preferirían el cementerio a la patria. Ante la perspectiva de una cárcel o de un campo de concentración escogían la miseria con libertad. Y esa voluntad había que respetarla.

Lanzóse entonces la idea de la emigración. Las naciones comenzaron a buscar entre los desplazados, trabajadores especializados y robustos sin mucha familia. Era duro y largo el contrato; pero la necesidad de librarse de aquel infierno lo firmaban con gusto. Así se vieron ingenieros alistados como leñadores y el día de la partida sonreían y cantaban.

Hubo con esto un gran alivio. Y preciso es reconocer, dando testimonio a la verdad que fueron los Estados Unidos los más generosos y humanos en abrir sus puertas y más tarde en ensancharlas ampliando el cupo en más de doscientos mil.

Con esta sangría y la apertura de escuelas técnicas según las necesidades locales se alivió considerablemente la situación. Pero estas medidas plausibles a su vez engendraron otro problema que en lenguaje técnico se llamó "el hueso duro". Por el cedazo de sucesivas selecciones fueron pasando los más aptos y fuertes mientras quedaban abandonados a su suerte los ineptos y enfermos. El cuadro de estos desplazados hacia 1949 era dantesco. Enfermos crónicos, amputados, familias numerosas, tuberculosos, ciegos, retrasados mentales, niños atrasados, inválidos... Allí estaban las filas de hombres y mujeres que iban a esperar la sopa apoyados contra las paredes de madera de las barracas, comiendo cada uno de rodillas, apoyado sobre su lecho y con un pedazo de pan negro como suplemento.

Una conferencia.— La daba un coronel americano, jefe de una comisión de la que se retiró por su poca eficiencia. El sólo, personalmente, formaría grupos. Contaba con datos, con experiencia y entusiasmo.

Entre el grupo de sus oyentes resaltaba un hábito blanco. Seguía inmóvil y con interés la dramática película. Al terminarse se levanta el P. Pire y pregunta: ¿Qué podemos hacer por esa gente?

Angustiosa pregunta, ya que uno casi nada podía hacer frente a tanto que había que hacer. Pero el coronel respondió suavemente: Tengo algunos nombres y direcciones. Se podía escribir y darles un poco de amistad.

Y enviarles paquetes, propuso otro, como a los prisioneros de guerra. Una ficha pidió para sí el P. Pire. Tomaba a su cargo un desplazado. Aquella noche no fue tranquilo su sueño. Se despertó varias veces entre desplazados que le pedían socorro.

Una vocación.— Las actividades apostólicas del P. Pire habían formado su cauce: era el benéfico-social. Hasta entonces el éxito fue su compañero inseparable. Con sus métodos podría alcanzar otros. El sector cambiaría bastante. Hasta entonces con los pobres; ahora con los **sub-pobres**. Hasta en la miseria hay escalafón y categorías.

Buenas armas tenía su disposición: gozaba de buena reputación como hombre de visión y práctico; sabía sumar colaboradores y su palabra se oía con interés y emoción. Si conseguía en su auditorio el impacto del coronel en su corazón, el problema, el de la miseria suprema, sentiría alivio. Su conferencia de Bruselas tuvo profunda repercusión. Comenzaron a llover amigos colaboradores y felices iniciativas. Lille, Clermont-Ferrand, Reims, Berna, Francfort, Amberes,

Brescia, Londres... La correspondencia crecía. Entre personas serias y de responsabilidad halló eco la caridad. Y aquel entusiasmo el P. Pire lo explotó. Una idea encierra una acción. Hay que hablar poco para hacer mucho. Lo que se gastaría en palabras, emplearlo en obras. No le gustan los colectores; prefiere los cruzados. En vez de la acción momentánea la actividad persistente. Más que la emoción fugaz la idea bien enraizada que se transforma en acción. Y con tantos cruzados y con tantas iniciativas y con tanta actividad, ha ido sembrando instituciones, creando obras y levantando pueblos. No hay en ellos rascacielos ni mansiones de audaz ingeniería. El ojo turista no verá más que limpias casucas y trazados sencillos. Pero la obra social se fue extendiendo y llegó hasta las torres de la Fundación Nobel. El gigantesco esfuerzo, cristalizado en espléndidas realidades merecía un aplauso. La caridad del P. Pire recibió el premio Nobel de la Paz.

En Noruega.— Al P. Pire no le descubrió la prensa vocinglera, casi siempre muda con él. Su propia obra lo delató. Por supuesto que con el Premio Nobel volaron a su despacho enjambres de periodistas de todo el mundo buscando entrevistas, datos, historias, cifras... De estos reportajes entresacamos algunos pensamientos del Padre:

"No sé cuántas ciudades construiremos aún... Por el momento quiero edificar mi sexta villa europea, la villa de Ana Franck. Creo mucho en la infancia, en estos niños que no calculan y que quieren por instinto a los demás. La pequeña Ana ha hecho mucho por reanimar este espíritu de infancia en los hombres.

"Propuse a los noruegos que sufrieron mucho con la ocupación, y a los resistentes de Francia y de Bélgica que se unieran a los alemanes para construir la ciudad de Ana Franck. Todos han aceptado. Ni un sólo eco fue desfavorable. El rey de Noruega quiso oírme cuando fui a su país. Y toda la prensa noruega patrocinó la idea de esa ciudad. Su protectora es la pequeña Ana. En ella no había más que un deseo; el de amar, el de fraternizar con todos los hombres... Yo creo que nuestros queridos refugiados tienen también el deseo —a veces extinguido por treinta años de desilusiones— de unión. Pero nosotros que debemos tenerlo y conservarlo y traducirlo en hechos, tenemos necesidad de que la pequeña Ana nos lo recuerde. Ella perdonó a los que le hicieron daño... Yo no sé más que una cosa; que hay que eliminar todos los prejuicios y todos los resentimientos; que es preciso ir a los hombres y al hombre".

Tiene el P. Pire, al frente de su despacho el ideal cristiano en acción; Cristo crucificado por nuestro amor.

Una luz apacible cae sobre la ordenada mesa desde una bella imagen de María. Madre del Amor Hermoso.

Y en uno de los ángulos una foto sencilla de Ana Franck que sonríe. La niña dulce, dice Weyergans, y el hombre fuerte. La niña fuerte y el hombre dulce. A través del espacio, el tiempo y la muerte, se reconoce el parentesco. Pertenecen a la familia de los violentos que fuerzan las puertas del cielo.

VICTOR IRIARTE. S. J.